

**desde
la calle •**

El cuerpo en la calle. Crónicas fragmentarias

Lucía Melgar

“Que nos vistan, pero de justicia”

Una mujer desnuda explica así a una turista lo que esperan las mujeres y hombres que se manifiestan desnudos en la explanada de Bellas Artes. Han escogido bien el lugar y la fecha: adentro del Palacio, Frida Khalo es homenajeada con una magna exposición. Los turistas que aguardan en la cola reciben los volantes donde se resume qué agravios han provocado este desnudo colectivo. Una pareja de españoles afirma que la prensa de su país sí informa de lo que pasa en México; “aquí no lo dicen”, les responde una mujer morena, desnuda, de pelo lacio y largo (semejante, me digo ahora, a una figura de Rivera). Algunos pasan de largo, otros miran a los hombres que en la acera, junto al Eje central, danzan al ritmo de una música autóctona. Los turistas toman fotos. Ese es México, dirán, un país de salvajes, un país tan miserable o tan injusto...

La opulencia del Palacio de Bellas Artes contrasta con las carnes morenas, arrugadas, ajadas, de los viejos que danzan en la acera descalzos y, rítmicamente, en cada alto, se internan en el eje para que los automovilistas también los vean. Mujeres policías dirigen el tránsito, interpérritas ante la desnudez de los danzantes. Algunos llevan a modo de taparrabo un cartel con la foto de Dante Delgado, ahora senador, antes gobernador de Veracruz. A él lo culpan de corrupción y despojo. Por eso fueron al Senado, que hoy está cerrado porque no hay sesión. Eso me explica una mujer, vestida, que también reparte volantes y pide cooperación para sostener al grupo. A la casualidad o a la desidia de los políticos se debe entonces esta reubicación de la protesta, más efectiva sin duda que en Tacuba. Me pregunto qué puede llevar a campesinos y campesinas a desnudarse, a andar desnudos en una ciudad, en una urbe tan inhóspita como esta. Indirectamente le hago la pregunta a la mujer. Me contesta que “se encueran” para protestar, porque llevan mucho tiempo intentando otros modos y ahora les quieren quitar las

tierras que ellos han cultivado, justo cuando los naranjos están cargados de frutos y es hora de cosechar. El gobernador actual los “apoya un poco” pero no han logrado sacarse de encima al senador, eso me explica la mujer. “Encuerarse no es fácil”, me dice, “Yo no me encuero. Sólo las mujeres más valientes lo hacen”. Debe ser difícil andar desnuda entre gente vestida, en la calle; difícil sacarse la ropa cuando se vive en una cultura vestida. Y más cuando exponer un cuerpo de mujer es una transgresión ante la cual pueden darse transgresiones peligrosas.

Me causa extrañeza ver estos cuerpos desnudos, trato de entender lo que representan en esta ciudad, me pregunto cómo los ven los demás, recuerdo lo que algunos han dicho antes. Trato de imaginar qué siente quien se siente indignada o asqueada por la desnudez misma de esta gente, no por la historia que la ha traído hasta aquí. Me pregunto si ese joven sentado en una de las jardineras, que en cualquier esquina lanzará un piropo de mal gusto a alguna muchacha, estará imaginando lo que podría decirle a estas mujeres. No dice nada, quizá no podría decir nada. Los otros, a su lado, tampoco hablan, parecen mirar el suelo o mirar desde el aislamiento, como si prefirieran imaginarse solos frente a estas mujeres desnudas y esos hombres desnudos que danzan junto al eje; como si así no los vieran o nadie los viera a ellos mirándolos. Hay algo en esta desnudez que la hace distinta. No es erótica, ni provocadora, ni estética. Es en mucho miserable y en mucho digna. Quizá si no tomaran fotos los turistas entenderían mejor lo que estos cuerpos, ajados o jóvenes, morenos y desnudos todos, nos están diciendo: a veces desnudarse es el último recurso. Para llamar la atención. O tal vez otra cosa que aún no logro captar.

Ver hombres desnudos en las calles de la ciudad es menos común que ver mujeres semidesnudas o desnudas del todo. No como hoy en carne y hueso, en imágenes espectaculares, en blanco y negro, a color, en revistas, posters, portadas de buena o pésima calidad, estéticas, horrendas o vulgares. Los hombres que bailan en la acera o en la calle parecen estatuas oxidadas, algunos delgados, otros con carnes flácidas; unos con el sexo cubierto por la grotesca efigie en blanco y negro del senador, otros con el sexo al aire. Esos transmiten más dignidad. Como si, por su agresividad burlona, el cartel que hace de hoja de parra rebajara el desnudo de la protesta.

Protestar en cueros, manifestarse en cueros, cruzar descalzos el eje, andar por Cinco de mayo, por aceras desiguales, donde igual se pisan colillas que corcholatas o trozos de vidrio o cucarachas. Llegar hasta el Zócalo y repetir ahí el vaivén rítmico de la acera al asfalto. Bajo la lluvia, en medio de

una masa vestida que camina con prisa de un lado al otro. Al anochecer siguen ahí, en el Zócalo donde se cuele ya el frío de otra noche húmeda ¿Qué clase de país es este?

Des-vestirse en libertad

En esta ciudad, mientras que unos se ven orillados a encuerarse, otros se desvisten en público porque se les da la gana, por amor al arte. Cuando se hace porque sí, porque se tienen ganas, porque se quiere vivir una ocasión única o "histórica", estar en cueros en el mero centro de la ciudad es un juego placentero, un espectáculo lúdico. El que vivieron hace unos meses, en el montaje de Tunick, las miles de personas que hicieron del Zócalo al desnudo una fiesta. La celebración del cuerpo de miles de mujeres y hombres que dejaron sus ropas en una bolsa para irse a tomar la foto. Tomas de cuerpos blancos, morenos, prietos, gordos, flacos, jóvenes, viejos, en la misma posición, como piezas de una escultura, como artefactos de una instalación, movidas por órdenes de un fotógrafo famoso. En cuclillas, acostados, de pie, hombres y mujeres fueron cuerpos, anónimos, igualados en la desnudez, hermanados en el frío, en el gusto de estar ahí, asexuados o casi. Performance colectivo de liberación, afirmación de sí, ruptura con lo cotidiano, esa madrugada al desnudo fue para muchas expresión de libertad. Libertad de decisión, libertad de desnudez. La energía vital que se desprendía de esos miles de cuerpos en movimiento o en equilibrio armónico irradiaba la atmósfera aún días después. Estar ahí o no estar ahí, haber o no haber estado, esa era la cuestión.

Aunque el tono de la pregunta variaba. Por más cosmopolita que pareciera o quiera ser, la Ciudad de México no deja de ser capital de un país machista, dado a escandalizarse por lo superficial y desentenderse de lo que importa, hipócritamente pudoroso. En la estación de radio que nos impone el chofer del microbús, los locutores se preguntan burlonamente si estuvieron ahí, se imaginan lo que creen que habrían visto, lo que habrían querido tocar. Hablan y callan, nerviositos, se ubican como mirones vulgares, sin interés por la experiencia lúdica o el gesto liberador. En ese conjunto de seres desnudos no ven, no imaginan, sino una masa de carnes en cueros, femeninas, dispuestas. Los pasajeros del microbús hojean periódicos con fotos que más de una vez permiten ver con claridad la cara de una mujer o un hombre desnudos, identificarlos. Una de las tomas más vistas: un hombre en su silla de ruedas, desnudo. "Qué chido", comenta un chavo. Los mayores hacen como que no oyen ni el radio. ¿Alguno de ellos estuvo?

Hay quien comparara las fotos de Tunick con las de las pilas de cadáveres de los campos de concentración. Quizá la obscenidad esté en el ojo de quien mira. Aunque tiene razón quien se pregunta por el motivo de la foto o teme la cosificación de la masa. Mi objetivo es el arte, dice Tunick; el dinero, dicen sus críticos. El objetivo de los soldados que tomaron las fotos en los campos liberados (las más conocidas) era documentar. Quizá la obscenidad esté en la ausencia de vida de esos cuerpos adelgazados hasta los huesos por el hambre y el maltrato, asfixiados por el gas o la tierra de las fosas.

Los que se acostaron desnudos en el zócalo ese domingo, tenían vida, una historia particular que le dio a cada cuerpo, a cada desnudo propio un significado personal.

El cuerpo-imagen del dolor

Domingo en el Zócalo, domingo en la Alameda. Ahí, en el mural, todos vestidos. Frida. Diego con un globo. Volvamos al Palacio.

Bellas Artes hoy convertido en santuario de Frida Kahlo, la del cuerpo doliente. La Frida admirada por sus pinturas y dibujos. La Frida que se atreve a pintar su aborto. La que se regodea en el dolor y en el amor, en el amor por Diego, el sapo. Diego y Frida transformados, idolatrados. Frida hoy en la cima del firmamento nacional. Transformada en lo que no fue por ausencia. Ausencia, en el discurso oficial, de su actuación política; ausencia, en el discurso museográfico, de su relación con los movimientos artísticos de su tiempo; ausencia en uno y otro de las dimensiones y limitaciones de su transgresión de las normas de género.

Miro a Frida, vestida de tehuana en una foto. Se ha construido un personaje, folclórica y elegante, autóctona y hierática, como un ídolo. La mujer diosa, la mujer estatua. En sus óleos, la mujer ídolo y la mujer cuerpo. Sobre todo la mujer rota, fragmentada, paralizada, que se representa a sí misma con cientos de heridas sangrantes, unos piquetitos, o en un traje vacío que pende al viento. La obsesión por Frida pasa por su cuerpo, por la representación obsesiva de su cuerpo sufriente. Si no existieran más que los autorretratos con monos y pericos, o las dos Fridas, o la Frida joven que mira de perfil, ¿Frida Kahlo sería Frida Kahlo?

Si Diego se hubiera pintado sufriente, ¿sería un mártir o un gran pintor?

Yo vestido/tú desnuda

Frida... la mujer en el arte... la mujer que hace arte. ¿Hasta cuándo la mujer que hace arte seguirá siendo primero mujer y luego artista? No es que tenga

que ser sólo artista, ni olvidarse de la mirada femenina, la escritura femenina, el pensamiento feminista. No, que sea y se identifique como quiera, en el orden que prefiera: mujer, artista, escritora, feminista, femenina o todo a la vez o nada. Lo que parece obsoleto, pero sigue vigente, es la mirada que impone el género por encima de la obra artística, las más de las veces para descalificar, ningunear. "Las poetisas se desnudan" se intitula un libro de entrevistas a poetisas peruanas. El crítico quisiera desnudarlas, poco le importa si en su poesía, erótica por cierto, retoman a poetisas canónicas, si crean formas nuevas, si amplían el sentido del erotismo. Ante el cuerpo femenino vestido, el supuesto masculino es que hay que desnudarlo, hacer que se desnude. "Las diosas blancas" se intitula otra antología, esta española, donde el crítico (otro) delinea la figura de las poetisas, el trazo físico más que biográfico, no el estético. A la mujer, así sea poetisa, parecen decirnos estos señores, o se le encuera o se le venera y si se le venera, mejor que sea desnuda, diosa griega.

Algunos se creen con derecho a desnudar a los demás, otros se imaginan que siempre serán el último en desnudarse o no se desnudarán nunca. Como el escritor ese que se fotografió vestido al lado de una mujer joven, siempre desnuda, en pose siempre sugerente. ¿Qué tendría que ver el arte con esas fotos? ¿La foto en que aparece un escritor es literaria, artística? En esas fotos no hay creación. Se refuerza la norma: tú, desnuda, yo vestido; tú joven, yo mayor; tú sumisa, yo poderoso. Poderoso caballero es don Dinero, ilustre Dama doña Fama. ¿Y la mujer? ¿Para qué se desnudó? ¿Para lucirse junto al famoso? ¿Para mostrar su belleza? Si esas son las fantasías artísticas masculinas, se entiende que a ciertos críticos les pase de noche la poesía erótica de las poetisas que no necesitan desnudarse. Y menos para ellos.

El cuerpo en la calle: no salgas sola

Las mujeres que se manifestaron desnudas en la explanada de Bellas Artes son valientes. Conocen el poder y la vulnerabilidad del cuerpo femenino des-vestido; se exponen a la mirada que cosifica, hiere, borra o mata. Los hombres también iban desnudos pero el cuerpo masculino desnudo no despierta la misma agresión. En la escultura, el hombre desnudo o semidesnudo es un dios o un héroe o un monarca, como el David de Miguel Ángel o el Cuauhtémoc de Reforma, donde hasta hoy los de los 400 pueblos colgaban su manta: "el senado no nos ve" (y eso que estamos en cueros).

Las mujeres que se desnudaron en el Zócalo se sabían o se pensaron vulnerables. Eso sugieren las quejas porque Tunick mandó vestirse primero

a los hombres y las dejó a ellas al final, expuestas a las miradas de los hombres vestidos. “Producto de sus propios miedos, eso no pasó”, me dice una amiga. “Así fue”, afirman otras. Mito o realidad en ese preciso instante, el miedo a la mirada del otro, que hace (saberse) vulnerable, se aprende desde el cuerpo adolescente o antes.

La vulnerabilidad no puede vivirse como seña de identidad femenina, pero se percibe como riesgo particular desde el momento en que se es vista como mujer, o más bien como mujer-objeto-disponible, así sea de lejos y sólo de palabra. La calle se vuelve hostil para las niñas y hasta puede ser mortal. La calle que debería ser de todos, la casa que debería ser refugio. El debería es el reino de la utopía, el no lugar, lo inexistente, pero no *debería* ser imposible salir a la calle sin correr el riesgo de ser manoseada en el metro o en el microbús, de ser perseguida por un junior que se cree dueño de la selva de asfalto en su coche de carreras, de ser violada al bajar de un puente oscuro, de ser asesinada por el solo hecho de ser mujer, joven y pobre, y no importarle nada a los que se encargan de hacer cumplir las leyes e impartir (negar) justicia.

En las calles de la ciudad, en las ciudades del país se aprende desde pequeña que no hay que salir sola, y cuando, ya mayor, la mujer sale sola ya aprendió que debe cuidarse. El peligro pasa por su cuerpo, es su cuerpo. Y así el miedo se aprende cada día, cada vez que se sale sola de noche (de día es igual, pero no se piensa), cada vez que se dobla una esquina oscura, cada vez que se queda una sola en el camión. Y cada vez, para poder seguir camino, hay que desaprender ese miedo y sentirse invulnerable, actuar como si se fuera intocable y hacer oídos sordos a las voces que adentro gritan “cuidado” y afuera silban “mamacita”.

Tomar la calle es negar la norma de miedo que se impone a tantas.

Lo terrible es cuando no se tiene opción y hay que salir. Cuando poner un pie afuera de la casa es un peligro y quedarse en casa también es un peligro.

El cuerpo-voz del dolor

Elena Garro se regodea en su elegante figura de bailarina rubia, en su magnetismo de mujer inteligente y atractiva que se hace pasar por ingenua cuando le conviene o lanza dardos viperinos cuando prefiere anonadar a su víctima. Conoce el poder de la inteligencia y del cuerpo. Sus personajes tienen cuerpo, son rubias o morenas, bellas o repugnantes, heroínas o tortugas. Su piel es sensible, disfrutan el sol, la suavidad del aire o de un abrigo de pieles;

sus ojos miran y admiran colores y paisajes, ciudades y campos. Tienen voz aunque a veces callen.

Garro también sabe que el cuerpo es vulnerable y que las voces se acallan. En "Los perros" pone en escena un rapto, prelude de una violación. No hace falta salir a la calle, los raptos entran en la choza aislada y se llevan a la niña Úrsula que no grita siquiera, obediente al discurso de miedo y odio que le impuso antes su primo, cómplice del futuro violador. En esta obra, Garro sintetiza lo que aparece como destino de la mujer (en su marco fatalista): la violación es un arma con que los hombres estigmatizan y someten a las mujeres, les impiden llegar a ser "mujer lucida", respetada, poderosa.

Lo notable de esta pieza no reside sólo en su mirada crítica de la condición femenina, se debe también al discurso de la madre, la otra protagonista. En un mundo dominado por un código de silencio casi mágico, Manuela le narra a Úrsula, su hija, la historia de su propia violación. En ese monólogo, Garro da voz al cuerpo humillado, violentado. Manuela le transmite a su hija la experiencia del dolor y la resistencia, aun fallida, a la perpetuación del maltrato. La mujer no se libera de su violador y marido, sino cuando lo apresan por asesinato. Del silencio impuesto y de ese pasado atroz, Manuela se libera cuando se atreve a contar lo que vivió. El cuerpo violado es reconocido como cuerpo sufriente. En sus cicatrices puede leerse su historia.

La violencia y el silencio son hoy también enemigos de nuestro cuerpo.

Romper el silencio. En otro espacio, urbano, contemporáneo, es lo que hace la protagonista de *El lenguaje de las orquídeas*, usada como juguete sexual por su tío. El incesto acecha en la casa, a las niñas buenas, que se portan bien y son obedientes y se callan. Y luego se sienten niñas malas, mujeres extrañas. Si en "Los perros" Garro da voz al cuerpo del dolor, en esta novela, Adriana González Mateos da voz a una mujer que reconoce el abuso y el placer a la vez, que se sabe víctima pero admite en la niña que fue cierta capacidad de sentirse seducida y seductora. La niña es usada, abusada pero no se presenta, no se recuerda, ya adulta, como víctima, o no sólo como víctima, tampoco como cómplice. Desde muy chica sabe que "las niñas no tienen importancia". Por eso nadie se da cuenta de lo que pasa, por eso cuando le revela lo que pasó, su madre prefiere no darse por enterada. No saber.

¿Cuántas veces preferiríamos no saber? ¿Cuántas veces preferiríamos no tener que saber? Porque ese saber hace suponer que debemos o podemos "hacer algo".

¿Qué hacer al leer por enésima vez que mataron a una niña después de violarla y la dejaron tirada, mutilada, en un baldío? Y no en Ciudad Juárez. En el Estado de México, dice el titular del periódico. Ya van cientos, miles de mujeres y niñas, asesinadas así, con saña, con crueldad, con total impunidad, en este país, donde esas “muertas” no tienen importancia.

En un país donde ni las niñas, ni las mujeres, ni los pobres, ni los prietos, importan, la violencia se convierte en espiral que arrastra cuerpos de niñas, mujeres, pobres, morenos, indígenas. En sus giros la espiral va ampliando sus cauces, sus fauces. Caen en ella los niños, violados por el clero que condena los desnudos e impone hojas de parra. De giro en giro, de impunidad en impunidad, acabaremos por ahogarnos todos.

El cuerpo-vasija: abstinencia o excomuni3n

Hace apenas unos meses, por estas calles defendimos el derecho a no traer al mundo a hijos no deseados, a escoger el momento: después o nunca. Y a hacerlo en condiciones higiénicas, legales. Nos manifestamos contra la idea de que las mujeres somos incubadoras, fábricas de hijos. Para algunos, en pleno siglo XXI, el sexo es sólo para re-producirse. Para producir almas: que ya no se irán al limbo pero sí al infierno o a lo mejor al purgatorio, como las de todas nosotras, hijas del divorcio, agentes de disolución social, familiar, política, ¡metafísica! El mundo, nos sugieren los bienpensantes, se cae sin nosotras, sin nuestra colaboración en sumisi3n, sin nuestra voluntad de ser obedientes y calladas, buenas para ser usadas, abusadas, desechadas... o exaltadas como madres impolutas (sin goce y sin opciones). El discurso del pecado y de la redenci3n sigue ahí, como el dinosaurio.

En esta esquina, el clero, sus seguidores. Monjas que jamás han visto un hombre desnudo pero se han casado, simbólicamente, con un hombre semi-desnudo, de cuerpo sufriente (aunque igual escogieron al Cristo de las bienaventuranzas que es más interesante). Parejas de mediana edad y gesto adusto, muy prendidas de su papel respetable. Muchachas que no parecen monjas ni persignadas, tal vez de esas que se van de misiones. Hombres furibundos con pancartas: “Sí a la vida, no a la muerte”.

¿A cuántos rounds querrán pelear?

En esta otra esquina, ¿el laicismo y sus representantes? En todo caso, menos adustez y menos furia. Mujeres y parejas de mediana edad que pasean y reparten volantes. Muchachas que no parecen reventadas ni criminales, seguramente estudiantes, tal vez de esas que se van a las caravanas zapatistas. Algunos hombres, pocos, con pancartas: “Por la vida de las

mujeres". Y dos tipos de cara conocida, escapados de los años dorados: Pedro Infante y Jorge Negrete sin sombrero y con cara de susto: "El aborto es una decisión únicamente de las mujeres". La nota de humor que tanta falta nos hace en esta arena política solemne y polarizada.

En esta otra calle: "¡El que no brinque es pro-vida!". La señora mayor y el viejo con bastón y las chicas de pelo morado brincan. Aunque la fórmula sea trillada, jóvenes y viejas, niños y estudiantes se emocionan y saltan como si bailaran. El Hemiciclo a esta hora es mucho más emocionante que Donceles.

Allá, adentro, en la Asamblea, discursos a favor de los derechos de los padres. ¿De cuándo acá la paternidad responsable es más que un deber en este país? Intentos de conmover al auditorio con historias de tortugas protegidas, salvadas de las garras abortistas, que llegan sanas y salvas al mar, imágenes tan kitsch que me ponen la carne de gallina. Como a los niños, nos cuentan la reproducción humana con historias de animales. Varita mágica y fórmula del pudor mediante, la oradora transforma al óvulo recién fecundado en personita, en bebé con derechos ¿sexuales y reproductivos? ¿Habrá que cantarle la nana de la cebolla desde el primer día o irle susurrando la constitución para que se vaya forjando en la lucha por la vida desde la concepción?

¿Dónde ha quedado el sentido común? Si estos diputados fueran mis estudiantes, los reprobaría, comenta mi vecina en la tribuna. Son de una hipocresía insoportable, bostezo un abogado. Lo mismo dicen, con más ahínco o mejor retórica, quienes ocupan después la tribuna, allá abajo. Al final del día, cuando se cuentan los votos y estalla el aplauso, festejamos un logro que ha costado décadas de trabajo de muchas mujeres, décadas en defensa de la libertad, de nuestros derechos, y hasta del sentido común. ¿Quién habría pensado que a estas alturas tendríamos que defender también nuestro derecho a desnudarnos y a gozar del cuerpo aunque no tengamos la menor intención de reproducirnos?

Quienes con tanto ahínco defienden la Vida, así, en abstracto, han callado ante los niños abusados, las niñas asesinadas, las mujeres mutiladas, las indígenas violadas, los hombres y mujeres prietos que protestan, y son golpeados, y sangran hasta que mueren, y los que mueren sin protestar, en las calles. Les importa la vida del más allá, no la vida digna aquí, en esta tierra.

El cuerpo, por cierto, distinguida concurrencia, no sólo sirve para reproducirse, o sufrir, o ser desnudado a la fuerza o por necesidad.

Con cuerpo propio y en la calle

La fragmentación del cuerpo de la mujer en partes de valor desigual, aprovechables o desechables, es uno de los instrumentos de control con que se restringe la libertad de movimiento de ese ser-cuerpo y se mutila su voz...

El cuerpo de la mujer no es sólo "cuerpo de mujer", es cuerpo propio. Por eso puede darle vergüenza a la campesina desnudarlo, por eso le dio gusto a tantas quitarse la ropa en el Zócalo, por eso defendemos el derecho a decirle no a otro cuerpo, a decirle no a nuestro propio cuerpo cuando nos traiciona.

El cuerpo es piel. La piel guarda una historia. El cuerpo es manos que escriben o pintan, que trabajan o acarician. Es ojos que miran y contemplan, es boca que habla o besa o calla. Es pechos, vientre, pelvis, vulva, vagina. Es cuello que se estira, torso que se dobla, cintura que gira, corazón que se acelera. Es piernas que sostienen, se doblan, cargan, mecen, resisten, se cansan. El cuerpo es pies que caminan, corren, se asientan en un espacio y se lo apropiarian, vuelven a andar.

Aunque se haya extinguido la gloriosa figura del paseante, andar por las calles es un acto de apropiación de la ciudad, una afirmación de pertenencia a una comunidad, así sea efímera. Andar es moverse, cruzar calles y límites, entrar en lugares desconocidos, llegar a ver más allá de lo que se considera el mundo propio. Andar con cuerpo propio y apropiarse el espacio urbano es una aventura, un reto y una fantasía.

La piel nos cubre completas, los pies nos mueven completas, la boca nos alimenta completas, las manos nos desnudan o acarician o visten completas. Los ojos nos dan nuestro reflejo de cuerpo entero. Nuestra lengua besa o dice de cuerpo entero. El goce estético o erótico nos conmueve de pies a cabeza. Nuestras palabras pueden decirnos completas, si nos las fragmentamos en balbuceos, si no las acallan nuestros miedos ocultos o los miedos impuestos. Y cuando fallan o cuando los otros no las oyen, nos queda el cuerpo, desnudo o vestido, para tomar un lugar y hacer que nos vean. Y quedan los pies para andar, danzar y seguir andando.

Y hacer un camino propio. Tomar la calle ●